

PERCY BYSSHE SHELLEY

¡A LA LIBERTAD!



De seguro, que esta selección de poemas de Shelley, muy probablemente, conseguirá poner a lector sensible los vellos como escarpías.

Si el anarquismo, tiene en Tolstoi el más universal de sus novelistas, en el terreno de la poesía, ese papel le corresponde indudablemente a Shelley.

En muy contadas ocasiones la traducción consigue reflejar la belleza y la verdad de la poesía. Aunque en ocasiones se produce el milagro, como en la celebrada traducción que hizo Vicente Gaos del poema Adonais.

Lectoras y lectores... Con Vds... ¡La poesía!

Percy Bysshe Shelley

¡A LA LIBERTAD!

Selección y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Percy Bysshe Shelley

ÍNDICE DE CONTENIDO

Shelley. El primer poeta inglés de la libertad

A la libertad

Oda al viento del oeste

Ozymandias

El espíritu del mundo

Su voz tembló cuando nos separamos...

Vino de hadas

Cuando niño, buscaba yo fantasmas

A una alondra

Adonais. Elegía a la muerte de John Keats

El pasado

Cuando las suaves voces mueren

Temo tus besos

Soy como un espíritu que mora...

Ninguna voz de un ámbito sublime...

Espíritu, belleza que consagras

El día es más sereno y más solemne

La sombra de una fuerza

El cielo es transparente

Exhortación

A una violeta marchita

La música

La muerte

Canción del irlandés

Feroz es la tormenta de la noche

¡Qué elocuentes los ojos!

Un día de invierno

A la noche

SHELLEY. EL PRIMER POETA INGLÉS DE LA LIBERTAD

Francisco Carrasquer

Publicado en *Polémica*, n.º 47-49, enero 1992

Percy Bysshe Shelley, nacido en Field Place, Horsham, Sussex, el 4 de agosto de 1792, y muerto el 8 de julio de 1822 en la bahía de Spezia (Liguria italiana), cuenta en la crítica internacional como uno de los máximos representantes del Romanticismo inglés –puede que sólo Byron le haga un poco de sombra– y la poesía de Shelley se siente siempre inspirada por un hálito humanitario que surca todas sus creaciones líricas y que, por lo mismo, la hace única.

A pesar de que vivió muy poco (murió por naufragio a sus 30 años), ha dejado numerosos escritos importantes y de bastante extensión.

Repasemos algunos de sus principales títulos: *La necesidad del ateísmo* es un panfleto que da a conocer a sus 19 años y que le costó ser expulsado de la Universidad de Oxford.

En 1816 publica *Alastor, o el espíritu de la soledad*», uno de los largos poemas del Romanticismo inglés más peregrinos, en el que se destila la esencia de las experiencias interiores y externas de su viaje por Europa (París y Suiza principalmente) con Mary, su segunda mujer, la hija de William Godwin, con la que se fugó al dejar a su primera, Harriet Westbrook, que había sido para Shelley en su día un dechado de femineidad y belleza, pero que a la larga no le daba réplica ni eco siquiera mental y espiritualmente. No se explica muy bien por qué tuvo que fugarse con Mary, siendo la hija de Godwin, quien para Shelley, después de Platón, era su mentor más completo y directo, conocido y reconocido precisamente por su libertarismo en la literatura inglesa. William Godwin (Cambridge, 3-3-1756 – Londres, 7-4-1836, en quien hasta su apellido parece providencial... si él mismo hubiese creído en la Providencia, puesto que podría traducirse por «el que gana a Dios»), ha sido un prolífico escritor revolucionario, un filósofo y autor de novelas de tesis como *Caleb Williams* (1794) y *St. Leon* (1799). En 1797 se unió con Mary

Wollstonecraft, la primera teórica del feminismo anglosajón, autora de la famosa *Reivindicación de los Derechos de la Mujer*. Por eso aún se explica menos que teniendo padres así, Shelley tuviese necesidad de llevársela clandestinamente de casa, a Mary Godwin Wollstonecraft. Se han recogido los escritos más importantes de William Godwin (novela y cuentos, mucho teatro –gran número de tragedias– y no menos ensayos sobre temas filosóficos y sociológico políticos de orientación anarquista) en sus *Obras Completas*, que acabaron de ser editadas en 1873. Hasta 1946 no se publicó su biografía, escrita por G. Woodcock, con un prólogo del brillante crítico de arte, también libertario, Herbert Read.

Pues bien, Shelley se confiesa tan influido por Godwin que, en carta de 1812, el joven poeta le escribía al maestro ácrata: «Usted ha formado y ordenado mi mente». En ese mismo año fue a verle y dos años más tarde se unía en secreto, como hemos dicho, con Mary, la hija de Godwin y Mary Wollstonecraft. No es, pues, por eso nada extraño que la poesía de Shelley sea tenida como la expresión lírica más antiautoritaria de los poetas románticos que, a su vez, son los más libertarios de las letras inglesas.

En 1818 sale de su pluma *La revuelta del Islam*, cuyo título original era *Laon and Cythna*, la pareja protagonista. Es un largo poema de 12 cantos en estrofas spenserianas (combinación de 8 decasílabos y 1 dodecasílabo), consagrado a cantar la rebelión por el amor con sacrificio

interpuesto, porque después de haber logrado la sublevación del imaginario pueblo mahometano de la epopeya, acaban siendo quemados en la hoguera. Pero de la unión de estos amantes nace una especie de serafín humanado, quien, tras un viaje mágico, los transporta hasta el templo del Espíritu donde son eternamente celebrados el genio y la «virtud» (entendida en sentido clásico, no católico, por supuesto).

En 1819 escribe una obra de teatro en verso titulada *Los Cenci*, tragedia sacada de un episodio histórico de Italia con un tema escabroso y osado como pocos: el tabú de los tabúes, el incesto.

Pero es al año siguiente cuando sale a la luz una de sus obras señeras: *Prometeo desencadenado*. Su obra épico-lírico-filosófica más ambiciosa. Es el primer mito del pensamiento libre de la humanidad, Prometeo, víctima de Júpiter que lo hace encadenar y martiriza cruelmente, pero que en la obra acaba siendo liberado por Demogorgon, creador de mundos, asistido por la Tierra y la Luna. La idea superior de la tragedia es que el gran amor lleva a la liberación del ser humano. Aunque a lo largo de los 4 actos de *Prometeo desencadenado*, Shelley tiene ocasión de cantar sublimes himnos a la libertad y acerados apóstrofes contra la tiranía.

En 1812, escribe Shelley su *Epipsychidion*, directamente inspirado en dos fuentes a cuál más ilustre para el tema del

amor: el Dante de *Vita Nuova* y el Platón de *El Banquete*. Y aún, en este mismo año, escribe también una elegía con ocasión de la muerte del gran poeta inglés John Keats (nació en Londres el 31-10-1793 y murió en Roma el 23-2-1821), el renombrado autor de *Endymion* e *Hyperion*, dos mitos griegos que magnifica Keats en alta poesía para el gusto moderno.

Y su última gran obra, por cierto inacabada, se publicó después de su muerte, entre sus *Posthumous Poems* (1824), bajo el título *El Triunfo de la Vida*. Es un poema que, por su simbolismo alegórico, representa un arriesgado desafío para los críticos y exégetas. En cualquier caso, aquí la Vida está asociada a la imagen de un auriga que transporta sin dejar de arrear a mucha gente. Según Rousseau, la visión del poeta se plasma en que la Vida triunfa en aquellos que están a su carro encadenados y, como tales prisioneros de la Vida, aparecen personajes tan ilustres como Napoleón, Platón y Alejandro Magno.

Ya hemos adelantado que la poesía de Shelley está empapada de la filosofía de Godwin, sobre todo en obras tenidas por la crítica en general como sus más logradas: *Reina Mab*, *Prometeo desencadenado* y *Hélade*. Y lo cierto es que, con la poesía de Shelley, entra el anarquismo en la gran literatura universal.

«Un hombre –proclama Shelley– no tiene órdenes que dar ni que obedecer. El Poder, la Autoridad, corrompe

todo lo que toca, como la peste, y hace del ser humano un esclavo».

Si no fuera tan largo, nos habría gustado publicar aquí todo el poema de Shelley titulado *Oda a la Libertad* (1820), pero con el poco espacio que tenemos en este rincón, nos limitaremos a una estrofa, la I, en la que casualmente sale a relucir España, con motivo de la vuelta de los liberales al gobierno español desde el exilio tras la victoriosa sublevación del general Riego que le impone a Fernando VII acabar con su reaccionario régimen. ¡Qué no hubiera cantado ante una gesta del pueblo español como la de julio del 36! Pero la experiencia de la guerra de la Independencia, para la intelectualidad de Inglaterra (país que tanto ayudó a España a sacudirse el yugo de la tiranía napoleónica) parece que fue suficiente para captar todo aquello de lo que era capaz el pueblo español para defender su dignidad y luchar por su libertad.

Oda a la libertad

*Ha hecho vibrar de nuevo un gran pueblo glorioso.
El relámpago de todas las naciones: la Libertad;
de un corazón a otro, de torre en torre España adentro;
propagándose el fuego de los cielos, al rojo blanco.
Mi alma se ha sacudido la cadena del tedio
y con ligeras plumas de un cantar plebeyo*

*se ha revestido tan sublime y tan fuerte
como aguilucho remontándose al alba hasta las nubes
y cerniéndose sobre su presa de costumbre.
Hasta que, desde un apostadero, en el Cielo de la fama
la vorágine del Espíritu lo rapta; y aquel rayo
desde la más remota esfera en la llama del vivir,
que pavimenta el vano de detrás, despídalo
como espuma de un buque a toda marcha, cuando oyóse
una voz de los abismos: «¡Quiero sentir lo mismo!».*

A la libertad

No permitáis que muera
en silencio la Libertad;
que sean el gemido y el suspiro
la llama que la sostengan
hasta que al corazón de la Naturaleza
sea concedido en plena elevación,
grito indignado del mundo
que sobresalte en su trono
al tirano gris y solo,
y que lata en la sorda Bóveda de los Cielos.

¿Puede el ceño del Tirano
asustar a los valientes
o deprimir el ánimo
de todos los que nunca comulgaron con él?
¿Las cadenas, la muerte o bien la infamia
someterán al alma limpia y fuerte
que no teme el dominio,
que mira al Paraíso y al Infierno,
que contempla Palacio y calabozo,
y sin embargo escoge lo bueno y verdadero?

Del orgullo y también la pompa regia
se ríe el Patriota,
y el lugar donde él muere
se torna en advertencia para el déspota;
¡es la voz de la sangre, que reclama Venganza!
Y el alma de los valientes
se alzarán de sus tumbas
mientras que desde el trono de su Atlántico
la Libertad consagra los gemidos
que abanicán el fuego glorioso de su triunfo.

¡Monarca, prisionero
del vicio, del deseo y de la pena!
Malhechor sin conciencia,
¿quién eres, qué eres tú?
La prisión tan oscura que yacerá en el polvo,
la pirámide que diseñó vuestra culpa,
la que ha elevado el hombre,
cuya piedra angular el deseo y la pena
con murmullo incesante van dejando,
cuya cima congrega las tormentas del cielo.

Caerá, por supuesto, esa pirámide...
¡y con ella caerá todo monarca!
Eso os ocurrirá, se oxidarán los tronos
de olvidada realeza, mientras juntas se alzan
la Paz y la Virtud y la Verdad
y el Paraíso en esta buena Tierra
nacerá justo el día en que caigáis,

y así la vida humana parecerá por fin
un breve y feliz sueño
antes que despertemos en otro amanecer.

Traductor: José Luis Rey

Oda al viento del oeste

I

Oh, salvaje Viento del Oeste, hálito del Otoño,
tú, de cuya invisible presencia se alejan
las hojas muertas, como espectros huideros de un mago,
en pútridas multitudes, gualdas, negras,
pálidas y de rojos desvaídos; oh, tú,
que a las aladas semillas empujas hacia su oscuro lecho
invernal
donde frías y abatidas restarán,
como cadáveres en su tumba,
hasta que tu azul hermana, la Primavera,
haga soplar su clarín sobre la soñadora tierra y llene
(portando leves tallos cual rebaños que triscaran en el
aire)
con vivos colores y fragancias el llano y la montaña;
oh indómito Espíritu, que por doquier te agitas,
si ahora destructor, protector más tarde,
¡escucha, oh, escucha!

II

Tú, por cuyo ímpetu sobre la alta vibración del cielo,
nubes solitarias cual marchitas hojas caen a tierra,
sacudidas por el espeso follaje del Cielo y del Mar,
heraldos de la lluvia y del relámpago; dispersas van
por el espacio azul de tu oleaje,
como alborotado y brillante cabello sobre la cabeza
de una ménade, desde el extremo púrpura
del horizonte hasta lo más alto del cielo,
como el pelo rizado de la tormenta que viene;
tú, canto fúnebre
del año que agoniza, para quien esta noche que declina
vendrá a ser la cúpula del gran sepulcro,
cerrado bajo tu congregada fuerza de vapores,
de cuya densa atmósfera estallarán
denso aguaje, fuego y granizo, ¡escucha, escucha!

III

Tú, que has despertado de sueños estivales
al Mediterráneo añil, donde yacía,
mecido por el vaivén de sus limpias corrientes,
en una isla volcánica sobre la bahía de Baia,
y que en sueños has visto vetustos palacios y torres

temblorosas bajo la dura claridad del oleaje,
cubiertos de azulado musgo y de tan puras flores
que al describirlas hasta los sentidos parecen declinar;
tú, a cuyo paso los limpios poderes del Atlántico
se hunden en el abismo, mientras en el fondo marino,
las flores y las algas que hacen posible
los marchitos bosques del océano
reconocen tu voz y de golpe se alzan pavorosos
temblando y desnudándose, ¡escucha, escucha!

IV

Si fuera yo una hoja marchita que tú arrastraras,
si fuera agitada nube que a ti te arrastrara,
una ola que latiera bajo tu poder y contigo
compartiera tu fuerza, si bien con menos libertad
que tú, ¡oh, incontrolable!; o si al menos fuera yo
como fui en mi juventud y pudiese ser
compañero tuyo en tu deambular por los cielos,
como antaño, cuando dejar atrás tu rapidez
era sólo una ilusión, nunca te hubiera rezado
en mi dolorosa miseria.

¡Oh, álzame como si fuera ola, hoja o nube
hasta caer sobre las espinas de la vida! ¡Sangro!

Un pesado número de horas ha encadenado y arrodillado a quien tanto se te parecía: veloz y orgulloso, indómito.

V

Hazme tu lira, como lo es aún el bosque:
¡mis hojas caen tan muertas como las tuyas!
El clamor de tus potentes armonías tomará
de ambos un profundo tono otoñal,
melodioso pese a su tristeza. ¡Haz de ti, Espíritu Indómito,
mi propio espíritu! ¡Unámonos en la tempestad!

¡Esparce mis marchitos pensamientos por el universo
como si fueran hojas caídas para así dar paso a una vida
nueva!

¡Y siembra por el espacio, desde el vértigo de estos versos
cenizas y pavesas, como las de un fuego aún no apagado,
mi palabra para los pueblos y los hombres!

¡Sé, por mis labios, para la adormecida tierra,
la trompeta de una profecía! ¡Oh, Viento!,
si el Invierno ya está aquí, ¿es que puede demorarse ya la
Primavera?

Traducción: Manuel Moya

Ozymandias

Conocí a un viajero de una patria muy antigua
que me dijo: «Dos grandes piernas de piedra yacen
en medio del desierto sin su tronco...

Y cerca de ellas hay, medio hundido en la arena,
un rostro destrozado, con el ceño fruncido,
y arrugada la boca, que sonrío con sorna
mostrando un frío dominio, declarando
que aquel que lo esculpió supo leer muy bien
las pasiones que aún muestra su rostro,
y que aún sobreviven en la piedra sin vida
a la mano que pudo hacerlas con desdén
y al corazón que pudo alimentarlas.

Y está en el pedestal grabada esta leyenda:

“¡Yo me llamo Ozymandias, Rey de Reyes,
mirad mis obras y desesperad,
vosotros, que ahora sois tan poderosos!”.

Nada más hay allí. Tan solo las ruinas
del colosal Naufragio; desnudas, infinitas
se extienden las arenas solitarias».

Traductor: José Luis Rey

El espíritu del mundo

En lo hondo, muy lejos del borrascoso camino
que la carroza seguía, tranquilo como un infante en el
sueño,
yacía majestuoso, el océano.
Su vasto espejo silente ofrecía a los ojos
luceros al declinar, ya muy pálidos,
la estela ardiente del carro
y la luz gris de cuando el día amanece,
tiñendo las nubes, a modo de leves vellones,
que entre sus pliegues al alba niña acunaban.
Parecía volar la carroza
a través de un abismo, de un cóncavo inmenso,
con un millón de constelaciones radiante, teñido
de colores sin fin
y ceñido de un semicírculo
que llameaba incesantes meteoros.

Al acercarse a su meta,
más veloces aún parecían las sombras aladas.
No se columbraba ya el mar; y la tierra
parecía una vasta esfera de sombra, flotando
en la negra sima del cielo,
con el orbe sin nubes del sol,

cuyos rayos de rápida luz
dividíanse, al paso, más veloz todavía, de aquella carroza
y caían, como en el mar los penachos de espuma
que lanzan las ondas hirvientes
ante la proa que avanza.

Y la encantada carroza su ruta seguía.
Orbe distante, la tierra era ya
el luminar más menudo que titila en los cielos,
y en tanto, en la senda del carro,
vastamente rodaban sistemas innúmeros
y orbes sin cuento esparcían,
siempre cambiante, su gloria.
¡Maravillosa visión! Eran curvos algunos, al modo de
cuernos,
y como la luna en creciente de plata, pendían
en la bóveda oscura del cielo; esparcían
otros un rayo tenue y claro, así Héspero cuando en el
mar
brilla aún el Poniente, apagándose; más allá se arrojaban
otros contra la noche, con colas de trémulo fuego,
como esferas que a la ruina, a la muerte caminan;
como luceros brillaban algunos, pero, al pasar la carroza,
palidecía toda otra luz...

Versión de Luis López Nieves

Su voz tembló cuando nos separamos...

Su voz tembló cuando nos separamos,
y aunque no supe que su corazón estaba roto
hasta mucho después, me fui sin atender
las palabras que entonces nos dijimos.

¡Sufrimiento, oh sufrimiento,
este mundo es demasiado ancho para ti!

Versión de Luis López Nieves

Vino de hadas

Me embriagué de aquel vino de miel
del capullo lunar de zarzarrosa,
que recogen las hadas en copas de jacinto:
los lirones, murciélagos y topos
duermen entre los muros o en la hierba,
en el patio desierto y triste del castillo;
cuando el vino derraman en la tierra de estío
o en medio del rocío se elevan sus vapores,
de alegría se colman sus venturosos sueños
y, dormidos, murmuran su alborozo; pues pocas
son las hadas que llevan tan nuevos esos cálices.

Versión de Luis López Nieves

Cuando niño, buscaba yo fantasmas

Cuando niño, buscaba yo fantasmas
en calladas estancias, cuevas, ruinas
y bosques estrellados; mis temerosos pasos
ansiaban conversar con los difuntos.
Invocaba esos nombres que la superstición
inculca. En vano fue esa búsqueda.
Mientras meditaba el sentido
de la vida, a la hora en que el viento corteja
cuanto vive y fecunda
nuevas aves y plantas,
de pronto sobre mí cayó tu sombra.
Mi garganta exhaló un grito de éxtasis.

Versión de Luis López Nieves

A una alondra

¡Sé bienvenido, jubiloso espíritu!
No fuiste nunca un pájaro,
tú, que desde los cielos o cerca de sus lindes,
el corazón derramas
en profusos acentos, con arte no pensado.

Alta, siempre más alta,
de la tierra te lanzas
como nube de fuego;
por el azul revuelas
y cantando, te ciernes y, cerniéndote, cantas.

En dorados relámpagos
del sol, ya trasmontado,
donde se encienden nubes,
flotas tú y te deslizas
como gozo sin cuerpo que empieza su carrera.

La tardecita pálida y purpúrea, en torno
de tu vuelo se funde:
como estrella del cielo,

al ser día, invisible
eres tú, pero escucho tu voz dulce y aguda,
fina como las flechas
de la esfera de plata,
cuya viva luz mengua
en la blanca alborada,
y ya, sin verla apenas, lejana la sentimos.

Todo el aire y la tierra
de tus trinos se colman:
así, en la noche pura,
desde una nube sola,
derrama luz la luna y se inundan los cielos.

No sabemos quién eres.
Y a ti más parecido
¿qué habrá? De la irisada nube no fluyen nunca
gotas tan radiantes,
como de tu presencia nos llueven melodías.

Así un poeta oculto
en luz de pensamientos,
que entona sus canciones,
hasta sentir el mundo
temores y esperanzas que no advirtiera nunca.

Así una alta doncella
en torre de un palacio,
que alivia pesadumbres

de amor secretamente, con música tan dulce
como el amor, fluyendo de su estancia.

Tal dorada luciérnaga
en valle de rocío,
que esparce, sin ser vista,
aéreos, sus fulgores,
entre flores y hierba que a los ojos la ocultan.

Cual rosa retirada
entre sus hojas verdes,
deshojada por brisas
tibias, hasta que sienten desmayo, por exceso
de aroma, sus ladrones de vuelo fatigado.

Al son de los chubascos
de primavera, en hierbas relucientes,
a flores despertadas por la lluvia,
a todo lo que hubiere
de alegre, claro y fresco, tu música aventaja.

Dinos, ave o espíritu,
tus dulces pensamientos:
nunca oí una alabanza
del amor o del vino,
que tan divino arrobo, ardiente, derramara.

Los coros de Himeneo,
los cantos de victoria,
junto a los tuyos fueran

ostentación vacía,
aquello en que se siente alguna falla oculta.

¿Qué objetos son la fuente
de tu feliz gorjeo?

¿Qué campos, ondas, montes?

¿Qué cielos o llanuras?

¿Qué amor de semejantes y qué ignorar de penas?

En tu alegría clara
no caben languideces;
la sombra de la angustia
nunca a ti se ha acercado;
amas y el triste hastío de amor nunca supiste.

En vigilia o dormida,
pensarás de la muerte
cosas más ciertas y hondas
que nosotros, mortales:
si no, ¿cómo brotara tu arroyo cristalino?

Miramos antes, luego;
lo que no es lloramos:
nuestra risa más clara
se mezcla con suspiros;
da los más dulces cantos nuestro pesar más triste.

Mas si hiciéramos burla
de orgullo y odio y miedo;
si hubiésemos nacido

para no llorar nunca,
no sé si llegaríamos tan cerca de tu gozo.

Mejor que todo verso
de sonos deliciosos,
mejor que las preseas
de los libros, tu arte
será para el poeta, ¡tú, que al suelo escarneces!

Si un poco me dijeras
del gozo que tú sabes,
tal locura armoniosa
brotara de mis labios,
que, como yo te escucho, el mundo escucharía.

Versión de Luis López Nieves

Adonais

Elegía a la muerte de John Keats

*Antes, oh astro matinal brillabas sobre los
Vivos. Ahora, al extinguirte, vespertino
brillas sobre los Muertos.*

Platón

I

Murió Adonais y por su muerte lloro.
Llorad por Adonais, aunque las lágrimas
no deshagan la escarcha que le cubre.
Y tú, su hora fatal, la que entre todas
fuiste elegida para nuestro daño,
despierta a tus oscuras compañeras,
muéstrales tu tristeza y di conmigo:
murió Adonais, y en tanto que el futuro
a olvidar el pasado no se atreva,

perdurarán su fama y su destino
como una luz y un eco eternamente.

II

Oh poderosa madre, ¿dónde estabas
cuando él murió, cuando cayó tu hijo
bajo las flechas que lo oscuro cruzan?
¿En dónde estaba la perdida Urania
cuando él murió?... Con sus velados ojos
permaneció atenta entre los Ecos
allá en su Edén. De nuevo vida daba
alguien, con suave y amoroso aliento,
a todas las marchitas melodías
con las que, como flores que se mofan
del sepulto cadáver, adornaba
el futuro volumen de la muerte.

III

Llora por Adonais puesto que ha muerto.
Oh madre melancólica, despierta,
despierta y vela y llora todavía.
Apaga cerca de su ardiente lecho
tus encendidas lágrimas y deja

que tu clamante corazón, lo mismo
que el suyo, guarde un impasible sueño.
Él cayó ya en el hueco a donde todo
cuanto era noble y hermoso descendiera.
No sueñes, ay, que el amoroso abismo
te lo devuelva al aire de la vida.
Su muda voz la devoró la muerte,
que ahora se ríe al vernos sin consuelo.

IV

Tú, la más musical lamentadora,
llora otra vez, laméntate de nuevo.
Llora otra vez, Urania. Ya no existe
quien la armonía eterna pulsar supo,
y anciano, ciego y solo, cuando el patrio
orgullo el populacho, el sacerdote
y el tirano pusieron entre mofas
en sus odiosos ritos de sangrienta
lujuria, él penetró sin ningún miedo
en el profundo seno de la muerte.
Pero su claro espíritu, sobre el mundo,
hijo tercero de la luz, aun reina.

V

Tú, la más musical lamentadora,
llora otra vez. No todos se atrevieron
a remontarse a tan brillantes estancias.
Y más dichosos son los que conocen
una felicidad cuya elevada llama
atraviesa la noche de los tiempos
en que los soles mueren. Más sublimes,
otros, heridos por la rencorosa
envidia de los dioses o el hombre,
cayeron derribados, se extinguieron
en su resplandeciente primavera.
Más otros hay que viven todavía
y van cruzando el áspero sendero
que, a través de fatigas y odios, lleva
a la mansión serena de la fama.

VI

Tu más amado y tierno niño ha muerto,
el que en tu viudedad amamantaste.
Como pálida flor fue cultivado
por una triste virgen protectora
cuyo sincero y amoroso llanto

nutrió esa flor haciendo de rocío.
Tú, la más musical lamentadora,
llora otra vez. Tu última esperanza,
tu más amada y última esperanza,
cual lirio cuyos pétalos se helaron
en la promesa de su fruto, ha muerto.
Tronchado duerme y la tormenta pasa.

Versión de Vicente Gaos

El pasado

¿Olvidarás las horas felices que enterramos
En las dulces alcobas del amor,
Hacinando sobre sus fríos cadáveres
Los ecos efímeros de una hoja y una flor?
Flores dónde la alegría cayó,
Y hojas dónde aún habita la esperanza.

¿Olvidarás a los muertos, al pasado?
Todavía no son fantasmas que puedan vengarse;
Recuerdos que hacen del corazón su tumba,
Lamentos que se deslizan sobre la penumbra,
Susurrando con horribles voces
Que la felicidad sentida se convierte en dolor.

Cuando las suaves voces mueren

Cuando las suaves voces mueren,
su música aún vibra en la memoria;
cuando las dulces violetas enferman,
su fragancia se prolonga en los sentidos.

Las hojas del rosal, cuando la rosa muere,
se apilan para el lecho del amante;
y así en tus pensamientos, cuando te hayas ido,
el amor mismo dormirá.

Temo tus besos

Temo tus besos, gentil doncella.
Tú no necesitas temer los míos;
Mi espíritu abrumado en el vacío,
No puede atormentar el tuyo.

Temo tu porte, tus gestos, tu razón.
Tú no necesitas temer los míos;
Es inocente la devoción y el sentido
con los que te adora mi corazón.

Soy como un espíritu que mora...

Soy como un espíritu que mora
en lo más hondo del corazón.
Siento sus sentimientos,
pienso sus pensamientos
y escucho las conversaciones más íntimas del alma,
la voz que sólo se oye en el rumor de la sangre,
cuando el vaivén de los latidos
se asemeja al sosegado oleaje del océano estival.
He desatado la melodía dorada
de su alma profunda y me he zambullido en ella
y, como el águila en medio de la bruma y la tormenta,
he dejado que mis alas se adornasen
con el fulgor de los rayos.

Ninguna voz de un ámbito sublime...

Ninguna voz de un ámbito sublime
ha respondido nunca a estas preguntas.
Los nombres de Demonio, Espectro y Cielo
testimonian este inútil empeño:
débiles palabras cuyo encanto no suprime
de cuanto aquí vemos y oímos
el azar, la duda, lo mudable.
Sólo tu luz, cual niebla entre montañas
o música que el viento vespertino
arranca de algún tácito instrumento
o cual claro de luna a medianoche,
sosiega el sueño inquieto de esta vida.

Espíritu, belleza que consagras

Espíritu, belleza que consagras
con tu lumbre el humano pensamiento
sobre el que resplandeces, ¿dónde has ido?
¿Por qué cesa tu brillo y abandonas
este valle de lágrimas desierto?
¿Por qué el sol no teje por siempre
un arco iris en tu arroyo?
¿Por qué cuanto ha nacido languidece?
¿Por qué temor y sueño, vida y muerte
ensombrecen el mundo de este modo?
¿Por qué el hombre ambiciona tanto
odio y amor, desánimo, esperanza?

El día es más sereno y más solemne

El día es más sereno y más solemne cuando llega la tarde. Y hay un orden en otoño y un lustre en su horizonte que el estío prohíbe al ojo humano hasta hacernos creer que es imposible. Así pues, deja que tu fuerza -talla naturaleza, cuando joven- provea a mi existencia venidera de sosiego, a mí que te venero con cuantas formas te contienen, a mí, hermoso Espíritu, a quien diste el temor de sí mismo y amor al ser humano.

La sombra de una fuerza

La sombra de una fuerza insondable flota,
aunque incognoscible, entre nosotros;
visita este amplio mundo con la misma
inconstancia que el viento entre las flores;
como un rayo de luna tras un pico
turba secreto, imprevisible,
el corazón y rostro humanos;
como el rumor pausado de la tarde,
como una nube en noche clara,
como el recuerdo de una música,
como aquello que se ama por hermoso
pero más todavía por ignoto.

El cielo es transparente

El cielo es transparente, el sol es cálido;
canta el mar con monótona porfía;
islas azules y níveos montes llevan
la gloria del purpúreo mediodía.
El vaho de la tierra a los capullos
circunda con gentil sutilidad;
como voces diversas de un encanto,
el viento, el mar, la voz de la ciudad
son dulces cual la triste y augusta soledad.

Contemplo el fondo del no hollado abismo
sembrado de algas verdes y coral,
las olas extendidas en la playa
cual luz disuelta en lluvia sideral;
contemplo a solas la esplendente arena,
el reflejo del mar a mediodía
flota a mi alrededor, y un triste canto
me ofrece una suavísima armonía.
¿Habrá quien goce ahora la misma emoción mía?

No tengo ni esperanza ni sosiego,
ni en torno ni en mi propio corazón,
ni aquel supremo bien tan anhelado

que al Sabio le otorgó la reflexión,
no tengo amor, ni gloria, ni poder;
mi dicha la considero perdida.
¡Y hay quien goza de todos estos bienes
y encuentra placentera nuestra vida!...
¡Mi copa fue escanciada con muy otra medida!

Hoy mi desesperanza me es suave
como el agua y el viento. Me tendiera
como un niño cansado, y, por la vida
que he pasado y la vida que me espera,
llorara... hasta un momento en que la muerte
como un sueño ¡por fin! me invadiría.
Y querría sentir como mi frente
se va enfriando y escuchar querría
del mar, en mi estertor, la fiel monotonía.

Mi ausencia acaso deje sentimiento...
Cuando ese dulce día haya pasado
quizá a mi corazón envejecido
insultará un gemido inopinado.
Soy de aquellos a quienes no ama el mundo
mas les llora después. ¡La triste historia!...
No así ese hermoso día... Cuando el sol
llegue al ocaso de su limpia gloria,
quedará aunque gozado
cual goce en la memoria.

Exhortación

El camaleón se nutre
sólo de luz y de aire.
Del poeta el alimento
son el amor y la fama.
Ay, si en este vasto mundo
lleno de desasosiego,
los encontrase el poeta
con tan pequeña fatiga,
como ellos lo suyo encuentran,
¿su color se mudaría
como el del camaleón,
que a cada rayo de luz
cambia al día veinte veces?
El poeta en esta fría
tierra vive cual si fuera
un camaleón, que oculta
su fugitiva existencia
sumergido bajo el agua.

Hay luz, y el camaleón
cambia. Lo mismo, el poeta
cuando no hay amor: la fama
es amor disimulado.

Cuando encuentra un poco, nunca
puede parecer extraño
que el poeta tras él vague.

No oséis manchar con riquezas
o poder, la libertad
y el celestial pensamiento
del poeta. Si el brillante
camaleón no devora
otro alimento que el aire
y la luz, y pronto crece
como su hermano, el lagarto,
¡oh hijos de un astro que luce
con más resplandor que el sol,
espíritus de los reinos
de más allá de la luna,
¡no aceptéis ningún presente!

A una violeta marchita

De la flor ha huido el aroma
que era como el aliento de tus besos.
Se desvaneció su color
que por ti y sólo por ti brillaba.
Una forma vacía, marchita, inanimada,
yace sobre mi pecho abandonado;
del corazón ardiente aun se burla
con su reposo silencioso y frío.
Lloro —no la hacen revivir mis lágrimas.
Suspiro —no alienta de nuevo.
Como su sino mudo e impasible
habrá de ser también el mío.

La música

La música, cuando las suaves voces mueren,
vibra aún en la memoria.

Los aromas, cuando las dulces violetas se marchitan,
viven en el sentido que despiertan.

La Rosa vive, cuando la rosa ha muerto.

Se agrupan para el lecho de la amada.

Y así tus pensamientos, cuando tu arte haya huido,
el amor seguirá adormeciéndolos.

La muerte

La lunática, helada y apagada sonrisa
que el rayo meteórico de una noche sin astros
vierte sobre una isla en el mar solitaria,
antes de que amanezca con luz segura el día,
es la llama de esa vida inconstante y pálida
que vuela en torno nuestro mientras vigor tenemos.
Oh, humano, tente firme con alma valerosa
en la oscura tormenta de tu paso en el mundo,
y las olas en masa que alrededor retumban
dormirán en la luz de un prodigioso día
donde Cielo e Infierno te dejarán inmune
al universo del destino.

Este mundo es la madre de nuestros sentimientos,
en él se engendra toda nuestra sabiduría,
y el llegar de la muerte será un golpe terrible,
si al cerebro no se unen unos nervios de acero,
cuando sabemos, o vemos, o sentimos,
pase como un misterio ilusorio.

Los secretos que encierra la tumba están en donde
todo, salvo esta fábrica, debe de estar si duda,

aunque el ojo finísimo y el oído pasmoso
no escuche o vea más, perdida ya la vida,
todo lo que es extraño y todo lo que es grande
en el reino sin límites del incesante Cambio.
¿Quién viene con el cuento de la terrible muerte?
¿Quién es el que descorre el velo del futuro?
¿Quién nos pinta las sombras que existen en lo hondo
de la cueva tortuosa de la poblada tumba,
o une a las esperanzas de lo que será un día
el miedo y el amor de lo que contemplamos?

Canción del irlandés

Se pueden disolver todos los astros
y la fuente de luz puede hundirse en la noche,
caerán nuestras casas, se borrarán la tierra,
¡mas tu coraje, Irlanda, jamás decaerá!
¡Mira! La destrucción se cierne en todo,
y las moradas de nuestros ancestros
se han hundido ya, el enemigo
se pasea triunfante en nuestra tierra,
y nuestros fuertes héroes yacen en las llanuras.
¡Ay, qué muerta está el arpa que nos daba placer,
se ha hundido la medida de nuestro dulce reino,
pero clama la guerra, y hay ruido de lanzas,
y el grito aterrador de Sloghan aún resuena
aquí en nuestros oídos.
¡Ay! ¿Dónde están los héroes? Triunfantes en la muerte,
convulsos se reclinan sobre brezos sangrientos,
los jinetes fantasmas que el viento va arrastrando
y que avanzan gritando: ¡Venganza, compatriotas!

Feroz es la tormenta de la noche

Feroz es la tormenta de la noche,
feroz en la montaña,
y las nubes oscuras estropean la noche,
pero veloz ya fluye el manantial.
¡Contempla cómo en la rocosa altura
la niebla oscura vuelve
mira que a la luz de nuestra luna
la pobre Laura muere!
Y los remordimientos y vergüenzas
aullarán junto a su falsa almohada
más feroces que toda la tormenta
que rueda sobre blancas, altas nubes;
no habrá ninguna mano que le cierre los ojos
cuando la vida vuele,
¡pero sé que reposo encontrará
pues Laura está muriendo!
He de buscar entonces a mi amor,
y ella se alegrará,
pues quedará probado nuestro amor
cuando ningún amigo quede.
Y yo me acostaré sobre su tumba,
cuando la vida ya se haya marchado,
y yo me moriré sobre su tumba,
porque algún falso corazón la amó.

¡Qué elocuentes los ojos!

¡Qué elocuentes los ojos!

Ni el Poeta en su rapto en frenesí
cuando los sentimientos del alma se liberan
puede hablar como ellos.

¡Qué elocuentes los ojos!

Ni la música más arrebatada
en la que flota el más cálido amor
provoca ese éxtasis.

¡Amor! Mirémonos de nuevo,
¡alivia tu mirada el peso de los años
con ese rayo que conquista el ánimo
a través de la lluvia de las lágrimas!

¡Amor! Mirémonos así,
que el Tiempo victorioso mientras vuela
pueda aún detenerse a contemplar tus ojos,
¡y será un vencedor ya derrotado!

¡Aún no, no se detenga el Tiempo!

Ese Tiempo que otros aman tanto
nosotros desdeñamos,
cuando el Tiempo se cumpla ya no tendremos Tiempo,
cuando el Amor sea correspondido.

¡Aún no, no se detenga el Tiempo!
Que vuele con las alas de un halcón
y que no cese hasta la primavera,
la primavera eterna que procede del Cielo
y propaga su clima tan sagrado.
Apaga esa mirada apasionada
a la que la Amistad dota con fuego,
¿qué pueden inspirar los ojos elocuentes
sino el falso deseo, tan febril?
Apaga esa mirada apasionada
porque puede la edad helar todos los gozos,
pero ni la vejez destruye el gran amor.
El amor vivirá días mejores.
La vejez no podrá destruir el amor.
¿Mas puede la perfidia infestar esa flor
que en su hora más incauta
florece en la glorieta de nuestra fantasía?
La vejez no podrá destruir el amor.
¿Podrán otras promesas abrir el santuario
donde brilla, esplendor escarmentado,
el amor junto a un sueño de alegría?

Traducción: José Luis Rey

Un día de invierno

¡Oh día invernal! Casi es primavera
con esperanzas de resurrección,
la suavidad despides de tus alas
y junto al gran rumor de la cascada
despiertas un sonido transparente
que suena como a música de abril
en una atmósfera que es bálsamo.
¿Por qué nace tan prematuramente
así el mes de mayo? He aquí un día sin culmen
que el fuerte vendaval arrastrará
y barrerá del páramo,
y el invierno de nuevo volverá a dominar
el mundo mucho tiempo.
¿Eres la aurora en que florece el Genio,
promesa inesperada de su mejor momento,
esparciendo perfume alrededor
del pórtico del panteón,
luciendo cicatrices de la vida
en burla de una muerte que es temprana?
¿Eres tú ese sueño arrebatante
de la Pasión que lanza sus flamígeros rayos
sobre la aurora y tempestad del tiempo,
y aun así es tan solo pasajero relámpago
cuando tantos son ya los años idos

y solo el manantial cegado de la Vida
la ilusión de aquel brillo ha de contar?
Sea lo que fuere lo que simbolices,
tu efímera dulzura ahora respiro,
y si tanta Salud con guirnalda rosácea
adorna ya mi frente o si la Muerte
fluye ya sigilosa por mis venas,
luchando con los vientos del invierno,
en ti yo adoraré la primavera.

A la noche

Con rapidez camina hacia occidente.
Noche sombría;
sal del antro brumoso del oriente
donde tejes durante todo el día,
para hacerle temer y hacerle amar,
sueños que hacen sufrir y hacen gozar.
Noche sombría.

Embózate en tu manto de hechicera
de astros bordado,
deslumbre al día tu alba cabellera,
bésale hasta dejarle extenuado,
y toca con tu mágica varilla,
el campo, el mar y la cansada villa
¡Oh, instante ansiado!

Cuando me alcé y vi el alba del estío
gemí por ti;
cuando reinó la luz y huyó el rocío,
y el mediodía entre las flores vi,
y el laso día en busca de reposo

partióse cabizbajo y perezoso,
gemí por ti.

Llegó tu hermana Muerte y exclamó:
«¿quiéresme a mí?»
Y tu dulce hijo el Sueño que lo oyó:
«¿me dejas anidar cerca de ti?
¿me quieres?»», como abeja a mediodía,
susurró. Respondíle: «¡Qué porfía!
no, no es a ti».

La Muerte vendrá en cuanto hayas partido,
presto, ¡cuán presto!
El Sueño vendrá en cuanto hayas huido,
mas a ninguno osará pedir esto
que a ti te pido, ¡oh noche idolatrada!
corre, corre hacia mí desalentada,
ven presto, ¡presto!...

[Traducción de Fernando Maristany]



Louis Edouard Fournier: El funeral de Shelley